

EDICIONES BISTAGNE



Lois

Moran

LETRA Y MÚSICA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE



Letra y música

Revista estudiantil, interpretada por
Lois Moran, Tom Patricola, David
Percy, Helen Twelvetrees, Frank
Albertson, Elizabeth Patterson, etc.

Música de Dave Stamper y Harlan
Thompson, Conrad, Mitchell y Gottler,
y William Kernell

Dirección de James Tinling

Producción WILLIAM FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Es propiedad de
Ediciones BISTAGNE
Revisada
por la censura



Letra y música

III III III

I

Desde hacía algún tiempo el colegio estaba revolucionado. Era uno de esos grandes colegios de Norteamérica en los que se hacen estudios superiores y donde los alumnos se cuentan por centenares, uno de esos colegios inmensos como ciudades que tienen teatro, piscinas, estadio y parques propios y en los que hacen vida interna jovencitas y muchachos de toda la provincia. Uno de esos colegios, en fin, que son como pequeños mundos.

Este pequeño mundo, como hemos dicho, estaba revolucionado desde hacía algún tiempo.

Los profesores, que no sólo se ocupaban de la inteligencia de los alumnos, sino que atendían también otros pormenores de su educación y querían hacer de ellos hombres sanos y alegres, habían ofrecido un premio de mil dólares al mejor cuadro de una revista que debían representar en el plazo de dos meses.

Los alumnos acogieron la noticia con gran algazara.

Se reunieron inmediatamente para nombrar un director y organizador y fué elegido Jorge. Jorge, además de poseer una magnífica voz de bajo, conocía el arte escénico como ninguno por ser muy aficionado a él.

Jorge fué el encargado de hacer el reparto de papeles. Cada cuadro tuvo su director independiente y éste estaba encargado de montarlo a su gusto buscando al autor de la letra y de la música.

Jorge se encargó también de presentar un cuadro, para lo cual se alió con un compañero al que apodaban "Wagner" muy justamente, pues, si bien no tenía la inspiración intensa del gran músico alemán, sabía componer musiquillas ligeras y alegres que tenían gran éxito en el gremio estudiantil. Jorge se encargaría de la letra y de la dirección.

La estrella de la revista sería Mary Brown.

Al elegirla Jorge, ¿se había dejado llevar por sus íntimos sentimientos?

No. Jorge sentía cierta predilección por Mary, pero esto no había influido en el reparto, el cual fué hecho con toda justicia.

Jorge estaba completamente convencido de que en el colegio no había nadie que pudiera representar el papel principal como ella. Tanto era así que, además de hacer el papel de *vedette* de la revista tenía un cuadro a su cargo, un cuadro a base

de baile, pues bailando era Mary un verdadero prodigio.

He aquí explicado el motivo de que andaran tan exaltados los ánimos entre el elemento estudiantil.

* * *

No se hacía otra cosa que ensayar. Los alumnos que tomaban parte en el espectáculo salían de las clases bailando o cantando y aprovechaban todos los momentos libres para *ajustar* los números.

Era indudable que el trabajo de Mary era muy duro. Tenía que montar un cuadro, que representar el papel principal y que dirigir y ensayar todos los números de baile.

Mary había ordenado a bailarinas y bailarines mucho ejercicio. En aquellos dos meses no debían desperdiciar ocasión de poner a sus músculos en las debidas condiciones de resistencia. Natación, carreras, gimnasia sueca. Estudiar, muy poco, lo imprescindible. Todo sería cuestión de apretar a fin de curso.

De pronto se oía rumor de voces, saltos y palmadas en medio del jardín. Acudían los alumnos intrigados y veían a Mary, frente a un grupo de muchachos, bailando y llevando con palmadas el compás.

Se oía un coro de bajos, barítonos y tenores entre los macizos y resultaba que Jorge, en medio de un corro que era coro a la vez dirigía un número de canto llevando con el dedo el compás.

Esto divertía mucho a los estudiantes y estamos por decir que también a los profesores, los cuales hacían la vista gorda ante el atraso de los artistas como estudiantes y el progreso de los estudiantes como artistas.

La única que no parecía muy conforme con aquel estado de cosas era doña Braulia, la directora, una dama seca, vieja, áspera como el membrillo y agria como el limón.

Doña Braulia, que había tenido la suerte de nacer en una época en que las piernas se llevaban ocultas, pues de otro modo el elemento infantil la habría corrido a pedradas, tan escuálidas e inestéticas eran sus extremidades inferiores, no podía ver ahora aquel triunfo de piernas blancas con que sus alumnas alegraban el ambiente pedagógico.

Por tal motivo, era una enconada moralista que castigaba con suspensos los besos y con arrestos los *flirts*.

Cada quince días pronunciaba un discurso acerca de la conveniencia de la falda larga y del refajo y de lo impropio que resultaba para la mujer el dar puntapiés a una pelota y el vestirse con pantalones para dedicarse a toda clase de extravagancias en la piscina y en el estadio.

Por este motivo, doña Braulia se había captado la antipatía general y los alumnos huían de ella como se huye del demonio.

Los acontecimientos dirán mejor a nuestros lec-

tores cómo eran aquellos personajes y cómo esta historia estudiantil.

II

La sala de música del colegio era una especie de almacén de instrumentos y partituras donde todo tenía la obligación de no permanecer en su sitio.

El encargado de ella era un pobre viejo que tenía pensamiento de pedir el traslado al infierno, seguro de que allí estaría mucho mejor que entre la baraúnda de estudiantes en que el azar le había colocado.

Inmediatamente después de las clases matinales, llegó Jorge a la sala dispuesto a sacarle punta a un cantable que "Wagner" le acababa de entregar.

Jorge era un muchacho alto y delgado, de aspecto agradable, pero al viejo encargado no le pareció así, porque en aquel momento estaba poniendo al día los libros y la atronadora voz de Jorge era un mal acompañamiento para los trabajos de contabilidad.

Por si esto era poco llegó "Wagner" con un trombón que acababa de adquirir a plazos y para que todo el mundo se enterara de la compra, venía tocando una marcha triunfal a la que amoldaba el paso.

El viejo encargado protestó, pero apenas lo hubo hecho, un aluvión de alumnos de ambos sexos penetró en la sala como penetraron los bolcheviques en los palacios de los nobles.

De ellos se destacó una muchacha que demostraba mucho más entusiasmo que las demás para manifestar a voz en grito a Jorge que había tenido una gran idea para el cuadro de la "Montería", que era el montado por Jorge con música de "Wagner".

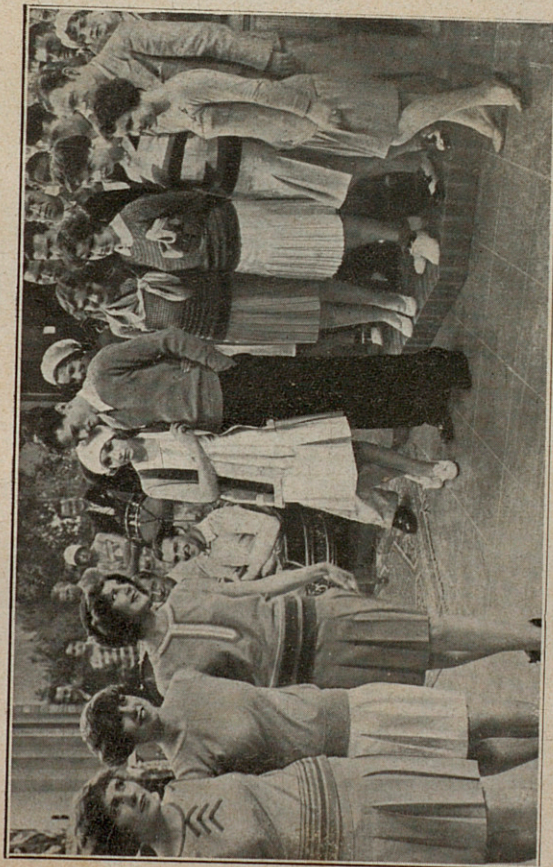
Inmediatamente procedió a demostrarlo con unos saltos que hicieron bien evidentes dos cosas: primera, que poseía una agilidad sorprendente y un extraordinario sentido del arte de la danza; segunda, que de rodilla para arriba sus piernas eran más perfectas aún que de rodillas para abajo.

—¡Magnífico, Mary!—exclamó Jorge—. ¡Eres una gran artista!

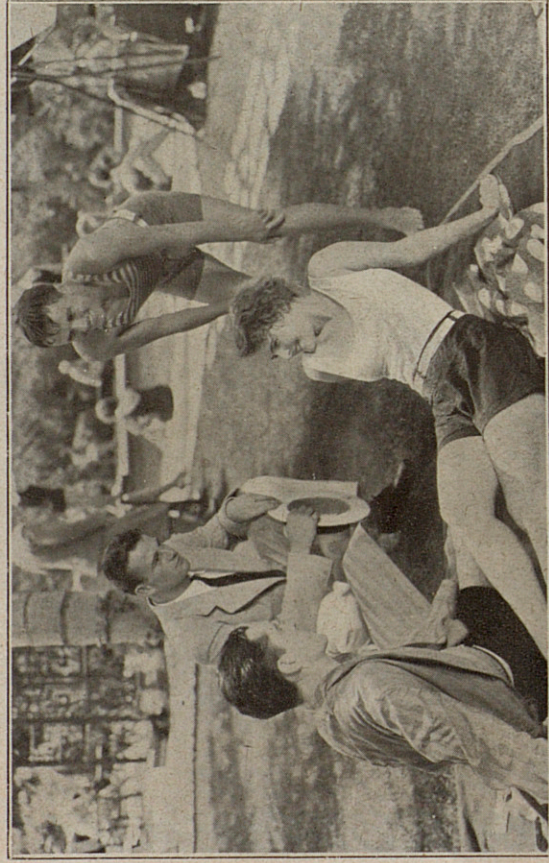
—Pues todavía falta el efecto de conjunto. Ahora salen tres muchachas y... Lo verás prácticamente.

Llamó a las tres muchachas que había elegido para el número y lo hizo pasar en presencia de Jorge y de todos los alumnos que habían tomado por asalto la sala.

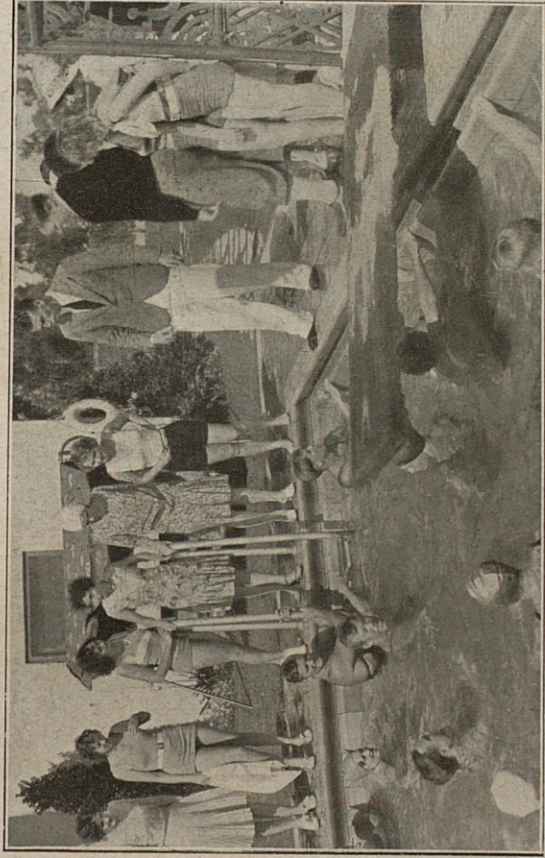
Las tres muchachas demostraron también que tenían un perfecto conocimiento del baile y el elemento masculino aplaudió aquel modo de levantar la pierna.



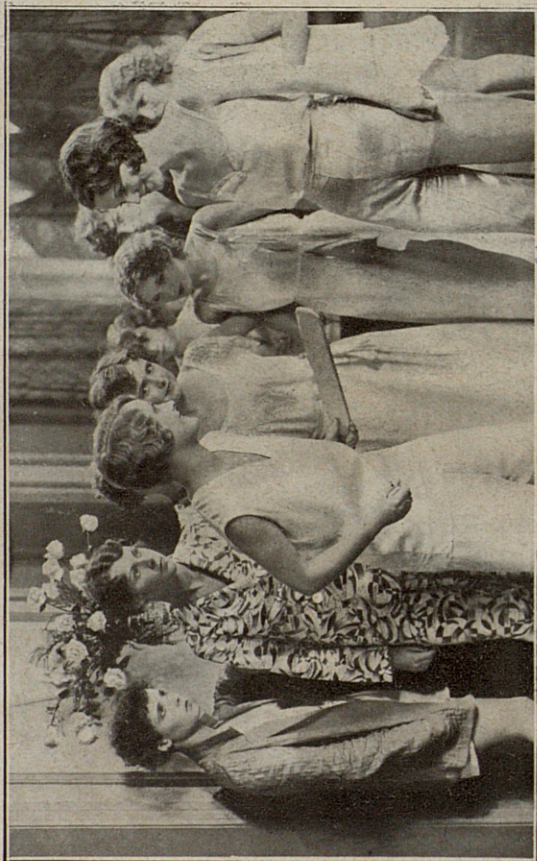
Las tres muchachas demostraron también que tenían un perfecto conocimiento del baile.



Con bañador estaba Mary mucho más encantadora.



— Dame la mano, camarada...



—¿Queréis que les dé una sorpresa a los muchachos?

Sólo dos espectadores demostraron su disgusto ante el anticipado éxito.

Uno de ellos era Márgara, la ingenua del colegio, una niña mimosa y de bellísimos ojos en cuyo fondo se leían extrañas inquietudes.

Jorge la había destinado un papel de corista distinguida, pero ella lo rechazó. Quería el papel principal y si no se lo daban no trabajaría. En vista de que esta amenaza había dejado impertérito a Jorge, se dedicó a hacerle el amor, fingiendo hábilmente que se dejaba amar por él.

Pero tampoco por este sistema obtuvo lo que se proponía y esto no hizo sino despertar en su corazón un odio enconado contra Mary, una envidia sorda, pues era evidente que Mary triunfaría sumiéndola a ella en la penumbra de la indiferencia.

El otro individuo que veía con desagrado los triunfos anticipados de Jorge, era Lete, un muchacho presuntuoso que tenía fama de conquistador y que se había estrellado al pretender añadir el nombre de Mary a sus conquistas.

Lete tenía también a su cargo un cuadro y pretendía que triunfara por el solo hecho de aparecer él en escena y recitar algunas poesías.

Llevaba en la mano una corneta porque estaba ensayando la música con que se le había de recibir cuando apareciera en el escenario vestido de Cid Campeador.

Lete manifestó a Jorge su descontento.

—Esa música no tiene ninguna gracia. Es lo más insulto de la revista y temo que eche abajo la obra.

“Wagner”, que estaba delante y que era el autor del número, sintió inmediatamente un obscuro anhelo de venganza y procedió a poner en práctica una idea que rápidamente había tenido.

Con su encendedor puso casi al rojo vivo la parte de la corneta que Lete se llevaría a los labios. Este tenía las manos atrás y sostenía con ellas el instrumento; por lo que no pudo darse cuenta de la operación.

—Lo que me parece que está rematadamente mal, Lete—dijo “Wagner” en seguida—, es tu número de las cornetas—y remedó: —¡Ta, ta, taa! No salís de ahí.

—Conque sí, ¿eh? Pues escucha. Te vas a quedar bizco.

Y se llevó la corneta a los labios para demostrarlo.

Apenas aplicó a su boca el quemante metal, arrojó el instrumento en una convulsión dolorosa y no sabemos cómo habría concluido aquello, si Mary, siempre conciliadora, no interviniera.

III

Era la hora del baño. Las muchachas tenían una piscina y los muchachos otra, separación impuesta

por doña Braulia, pero cuando ésta estaba ausente, la juventud masculina se lanzaba en bañador a través del jardín y tomaba por asalto la piscina de las alumnas, con gran contento de éstas, que se aburrían soberanamente sin sus caballeros.

Esta era una de aquellas felices mañanas en que doña Braulia tenía quehaceres en la ciudad y la piscina de *ellas* estuvo rodeada por *ellos* desde el primer instante.

Si admiradores tenía Mary siempre, en aquel momento zumbaban a su alrededor como una colmena.

En bañador estaba Mary mucho más encantadora que cuando llevaba encima la molestia de sus vestidos de calle.

Ahora charlaba tendida al sol, al aire la maravilla de su carne blanca, con “Wagner”, Jorge y Lete.

De pronto se puso en pie de un salto, echó a correr hacia la piscina seguida de sus amigos, se encaramó a la plancha y dió un magnífico salto.

Todos los bañistas que rodeaban la piscina cayeron en ella de una vez, como si esto hubiera sido una señal de guerra.

Inmediatamente fué asida Mary por veinte brazos y arrojada al aire como una pelota. Cayó de costado y fué lanzada otra vez para caer de cabeza. Volvió a ser arrojada hasta diez veces consecutivas.

Entretanto, dos bañistas habían cogido a “Wag-

ner" por los pelos y le decían con un tono poco tranquilizador:

—¿Te decides a darnos un puesto en tu cuadro?

—Os he dicho mil veces que no.

—Dilo otra vez y serán mil una.

—Pues bien, no.

Inmediatamente fué "Wagner" sumergido y mantenido veinte segundos debajo del agua.

Las cuatro diabólicas manos le sujetaban por los cabellos cada vez con más fuerza.

—Contesta. ¿Nos das un puesto en tu número?

—No—repuso "Wagner" furiosamente.

Fué sumergido de nuevo. Esta vez permaneció debajo del agua cuarenta segundos.

Otra vez se le hizo la pregunta; otra vez pronunció el peligroso "no" y otra vez fué sumergido.

Cuando su cabeza salió a la superficie abrió la boca y aspiró todo el aire del jardín de una bocanada. Le parecía haber estado un año sin respirar.

—Di, precioso: ¿quieres que trabajemos en tu número?

"Wagner" se vió debajo del agua hasta fin de curso y se apresuró a responder:

—Sí, sí.

—Dános tu palabra.

—Palabra.

Cuando le soltaron cogió a cada una de sus amiguitas por una pierna y las tuvo cabeza abajo y con

ésta en el fondo del agua hasta que una de ellas acertó a darle un puntapié en las narices.

* * *

Inmediatamente se le ocurrió a "Wagner" una nueva broma.

Acababa de acercarse al borde de la piscina un alumno cuya única preocupación era la elegancia. Perdía una clase antes de andar por el mundo con una manchita en la americana.

"Wagner" puso al corriente de sus planes a los compañeros.

—Vamos a darle un baño. ¿No le gusta tanto la limpieza? Pues de seguro nos agradecerá que le metamos en el agua.

Dicho esto, se fué hacia él y le tendió la mano.

—Dame la mano, camarada, y ayúdame a salir de aquí, que ya llevo más de una hora a remojo.

No vaciló el *dandy* en hacerle aquel favor que tan poco trabajo le costaba.

Le tendió la mano para ayudar a salir de la piscina a "Wagner", pero éste, asiéndose fuertemente a ella, en vez de tirar para subir él, tiró para que el otro bajara.

El pulcro compañero cayó de cabeza en la piscina y de tal modo se indignó ante la sangrienta broma, que comenzó a dar mordiscos al agua.

En tanto estos hechos se desarrollaban junto a la piscina y dentro de ella, un taxi llegó a la puerta del colegio y de él descendió la tremebunda doña

Braulia. Ocurrió esto cuando Márgara se dirigía a su habitación con un frasco de mermelada que acababa de recibir de su familia. Había estado un momento junto a la piscina y tuvo que marcharse, pues de seguir viendo el éxito creciente que Mary tenía, habría sido víctima de un accidente.

Al ver bajar del taxi a doña Braulia, una diabólica idea pasó por su mente y procedió en el acto a ponerla en práctica.

Se fué hacia la directora y después de saludarla con aquella cara de novicia que ponía hasta para cometer las mayores maldades, le dijo:

—En la piscina de las muchachas, están también los muchachos. Si esto continúa así, los padres de las muchachas prudentes se van a quejar, y con razón.

Cuando vió el gesto de almendras amargas que puso la directora, procuró endulzárselo con una adulación:

—Tome usted, doña Braulia. He recibido de casa este frasco de mermelada y quiero que la pruebe usted.

—Gracias, hija mía — repuso la directora con ternura—. Tú, gracias a Dios, eres una niña formal que honra nuestro colegio. En cuanto a esas otras desvergonzadas, te aseguro que se acordarán de mí.

Y apareció de pronto junto a la piscina con la consiguiente estupefacción de los bañistas que en

aquel momento estaban enredados en un partido de water-polo.

Requirió a uno de los que eran meros espectadores de la acuática contienda y le ordenó:

—Vaya usted apuntando los nombres de todos los que están dentro de la piscina. Todos se acordarán de su incalificable acto.

Le entregó el bote de mermelada para poder accionar mejor, y comenzó a dictar nombres.

El joven se puso debajo del brazo el frasco y fué tomando nota.

Inmediatamente, por la fecunda imaginación de “Wagner” pasó una idea luminosa.

Cogió la pelota y dijo al que escribía:

—¡Eh, escribiente!

Y cuando éste volvió la cabeza, le arrojó la pelota.

El “escribiente”, en un movimiento instintivo de jugador de water-polo, soltó todo lo que tenía en las manos para coger el balón, y el frasco de mermelada cayó al suelo donde quedó hecho trizas.

Doña Braulia, ciega de ira, comenzó a vociferar, en tanto los alumnos aprovechaban aquella ceguedad para poner pies en polvorosa.

Las carcajadas se oían desde el Polo Sur.

IV

Era la hora propicia de acostarse. En aquel momento, libres los alumnos de toda fiscalización, podían ensayar a sus anchas.

En pijamas, en camisones y otras prendas que contribuían a realzar notablemente sus encantos, las coristas ensayaban al mando de la directora de baile, que no era otra que Mary. Llevaba en la mano una paleta con la que propinaba de vez en vez ruidosos golpes en ciertos puntos muy sensibles de sus compañeras.

La gran sala central a la que daban todas las puertas de los dormitorios, se había convertido en escenario y ofrecía un espectáculo por cuya contemplación habría pagado hasta mil pesetas más de un viejo verde.

Mary estaba realmente encantadora con un pijama muy original que tenía cierta semejanza con los trajes de deportes. Había algunas que no tenían ropa de dormir y se habían limitado a quitarse la de calle quedando de ese modo en que los artistas no pueden salir al escenario sin arrostrar el peligro de una multa.

No lo hacían del todo bien, pero la energía y el buen ejemplo de Mary, que bordaba realmente los pasos, los hacía progresar constantemente.

De pronto se abrió la puerta y apareció doña Braulia dando lugar a que aquellas magníficas estatuas de carne se convirtieran en estatuas de hielo.

—Estábamos ensayando, porque el tiempo se nos echa encima, y queremos que nuestro número salga lo mejor posible—explicó Mary.

—No quiero explicaciones. Esto es una indecen-

cia con ensayo y sin ensayo. Y la culpa, como de costumbre, la tienes tú, tú, que eres una verdadera anarquista. Ahora mismo os vais a acostar todas. Como me entere que esto se repite os haré expulsar a todas del colegio.

Y dirigiendo una mirada de espantosa repugnancia a las desnudas piernas de las alumnas, salió de la estancia y cerró la puerta dando un portazo más que regular.

Todas permanecieron inmóviles hasta que los pasos de la directora se dejaron de oír, pero entonces la mayor parte de ellas rieron de buena gana, haciendo de la vieja toda clase de burlas y remedos.

—¡Bah! No la sabéis imitar. Doña Braulia es ésta—dijo Mary.

Y saliendo al vestíbulo, después de comprobar que no había nadie en él, hizo la imitación de doña Braulia con tanta perfección, que las compañeras hubieron de taparse la boca, para que no se oyera el estruendo de sus carcajadas.

—Se me ocurre una idea—exclamó Mary de pronto—. ¿Queréis que les dé una sorpresa a los muchachos?

—Sí.

—¿Qué diablura se te ha ocurrido?

—Pues muy sencillo. Voy a vestirme como doña Braulia, e iré a sorprenderles por estar todavía levantados.

A todas parecía excelentísima la idea y Mary

pasó a su habitación para buscar entre sus vestidos viejos los que más se semejaran a los que llevaba doña Braulia y vestirse y caracterizarse convenientemente.

Pero he aquí que a sus compañeras cuyas cabezas no cesaban de bullir traviesamente, se les ocurrió otra idea que habría de tener tanto o más éxito que la de Mary.

—Vamos a telefonarles a los muchachos, para prevenirles de que es Mary la que va disfrazada de doña Braulia, y así le harán un recibimiento memorable.

Todas gozaron anticipadamente de la broma y aprobaron la idea genial de la compañera, la cual se dirigió al teléfono para poner en práctica sus propósitos.

La contestación de esto fué por demás pintoresca y aumentó considerablemente el anticipado regocijo de las alumnas.

—¿De modo que Mary viene a gastarnos una broma? Pues bien, dejadla que venga. Os aseguro que la vamos a tener que llevar en brazos. Ahora mismo voy a preparar una manta y le haremos dar más volatines que da la hélice de aeroplano.

El que había recibido la noticia la comunicó a sus compañeros y todos se dispusieron a recibir a Mary debidamente, en tanto la que había transmitido el aviso comunicaba el propósito de los muchachos a sus camaradas.

Alguna de ellas creyó que le iba a dar un ataque de risa.

* * *

A nadie se le había ocurrido pensar quién podía haber dado el soplo a doña Braulia cuando ésta se presentó para interrumpir el ensayo.

Acaso si hubieran pensado en esto, se habrían evitado las tragedias que iban a sobrevenir, pues hubieran obrado con más prudencia.

La que había dado el soplo, no era otra que Márgara, que no contenta con eso, se había deslizado por el jardín protegida por la sombra de la noche, se había instalado junto a la ventana del gran salón donde se habían desarrollado las escenas que acabamos de describir, y lo había oído todo, tomando buena nota de ello.

Ahora sí que lo iba a pasar mal Mary. Avisaría a doña Braulia y antes de que su rival llegara al pabellón de los muchachos estaría en él la directora para recibirla con los brazos abiertos.

Por sus ojos pasó un relámpago de anticipado placer y se dirigió al teléfono de la portería, para comunicar desde allí con las habitaciones de la directora.

—En el pabellón de los muchachos—manifestó—hay una alumna.

Al oír esto, doña Braulia, a la que el sueño comenzaba a dominar y ya estaba pensando en acostarse, se reanimó como si le hubieran dado una inyección de cafeína y poniéndose el sombrero de

un puñado salió al jardín y lo cruzó, rígida y tenebrosa como un espantapájaros.

Al oír sus pasos cerca del pabellón, los muchachos formaron una doble fila al lado de la puerta, después de dejar la manta en medio de la habitación, y apagaron la luz, dedicándose ansiosamente a esperar el inminente término de la aventura.

Sonó el timbre de la puerta y una mano cautelosa la abrió dejando ver la oscura silueta de la presunta compañera de estudios.

No bien hubo traspuesto el umbral doña Braulia, cuando se sintió asida por veinte poderosas manazas que después de estrujarla como una esponja y de pellizcarla en todas las partes del cuerpo, la levantaron en vilo, la depositaron sobre una manta, y le dieron más vueltas y revueltas, que se da a un huevo al batirlo.

Más de veinte veces se montó por los aires la directora y otras tantas aterrizó, unas veces de cabeza, otras de costado, otras boca arriba y boca a bajo otras.

Trató de hablar algunas veces, pero de su boca sólo salían unos sonidos guturales de gato, que lo mismo podían ser de una mujer vieja que de una mujer joven.

—¿También son imitación de los de doña Braulia esos gritos?—preguntó uno de los alumnos con sarcasmo.

Y el acartonado cuerpo en el que sesenta años

habían dejado su huella, continuó haciendo viajes de ida y vuelta al espacio.

Por fin, dijo una voz caritativa, que por cierto era la voz de Jorge:

—Ya está bien. Ya ha llevado lo suyo.

Y encendió la luz.

El cuadro que se ofreció a los ojos de los alumnos les dejó tan estupefactos que por un momento pudo percibirse claramente en la estancia el revuelo de una mosca que rondaba pertinazmente la luz.

Sobre la manta, encogida como un ovillo, desmenada y con los ojos estrábicos, estaba doña Braulia, la doña Braulia verdadera y no la apócrifa que estaban esperando.

Todos los brazos que antes se habían tendido hacia ella con pérfidas intenciones, acudieron ahora a auxiliarla.

Únicamente "Wagner", el cual no había tenido fuerzas ni siquiera para dar un paso, permaneció apoyado en la puerta, con los brazos desmadejados y contemplando estúpidamente la escena.

En este momento sonó el timbre de la puerta, abrió "Wagner" y se presentó Mary, la cual iba vestida exactamente igual que doña Braulia y dijo, imitando su voz:

—Esto es una indecencia; como vuelva a ocurrir les...

"Wagner", dándose instantáneamente cuenta del peligro, no la dejó acabar. Le tapó la boca con una mano, con el otro brazo le rodeó el talle y la con-

dujo en vilo al cuarto de los chismes, cuya puerta estaba a la izquierda de la del salón, encerrándola allí con dos vueltas de llave.

Esto había ocurrido tan rápidamente, que sólo "Wagner" y Jorge se dieron cuenta. Como se comprenderá, Mary no se había percatado de que allí estaba doña Braulia, por lo que comenzó a empeorar la situación golpeando la puerta de su encierro, extrañada del inusitado recibimiento que se le había dispensado.

El timbre de la puerta volvió a sonar, volvió "Wagner" a abrir, y apareció el director y un catedrático, los cuales habían acudido a los gritos desesperados de doña Braulia.

A buen seguro que sintieron ganas de echarse a reír al ver a su compañera en tan lamentable y grotesco estado, pero el deber profesional se impuso y el director dijo gravemente:

—Exijo inmediatamente una explicación de lo que ha ocurrido aquí.

Miraba fijamente a "Wagner", pero ni éste ni ningún alumno estaba dispuesto a responder.

—Yo se lo explicaré—dijo con voz jadeante la directora—. Aquí ha venido o iba a venir una muchacha sabe Dios con qué vergonzosos propósitos.

—¡Eso no!, señor director—exclamó Jorge inmediatamente—, la alumna que iba a venir aquí no lo hacía con ningún propósito vergonzoso, sino con el sencillo de gastarnos una broma. Nosotros

hemos confundido a doña Braulia con ella y aquí tiene usted explicado lo que ha sucedido.

—¿Quién es esa alumna?—preguntó el director.

—No lo sabemos—repusieron a un mismo tiempo varias voces.

—Pues eso es lo que hemos de averiguar y cuando demos con el nombre de la insensata la expulsaremos del colegio.

En este momento reanudó Mary los puñetazos en la puerta y el director se volvió rápidamente. Menos mal que "Wagner", siempre tan genial y tan oportuno, empezó a bailar un charleston, produciendo con los pies un ruido que el director tomó por el que acababa de oír.

Cuando los directores y el catedrático se hubiesen ausentado, se abrió a Mary la puerta y se le explicó detalladamente lo que acababa de ocurrir.

La pobre muchacha se echó a llorar, y he aquí que lo que comenzó siendo sainete concluyó en doloroso drama.

V

Al día siguiente, durante el ensayo, y precisamente cuando Mary estaba haciendo una de sus demostraciones que aseguraban el éxito de la revista, se presentó Márgara en el escenario, se acercó a Jorge, el cual estaba hablando con "Wagner" en aquel momento, y después de saludarlos con aquel tono monjil que usaba siempre, les dijo:

—Vengo a haceros una proposición. Dadme el papel de Mary. Todavía estamos a tiempo de salvar la revista.

“Wagner” y Jorge disimularon una sonrisa.

—¡Bah!—dijo este último—. No te preocupes tanto. Es posible que Mary acierte a salvarla también.

—Es que a Mary no le conviene seguir trabajando. Mejor dicho, no os conviene a vosotros que tenga el papel principal.

En sus labios había una sutil sonrisa que intrigó a Jorge.

—¿Por qué, Márgara?

—Porque alguien podía acusarla como autora de lo ocurrido anoche en vuestro pabellón y entonces os quedaríais sin *vedette* y no tendríais tiempo de sustituirla.

Jorge y “Wagner” le dirigieron una mirada llena de horror.

—¿Quieres decir que si no te damos el papel de Mary la delatarás?

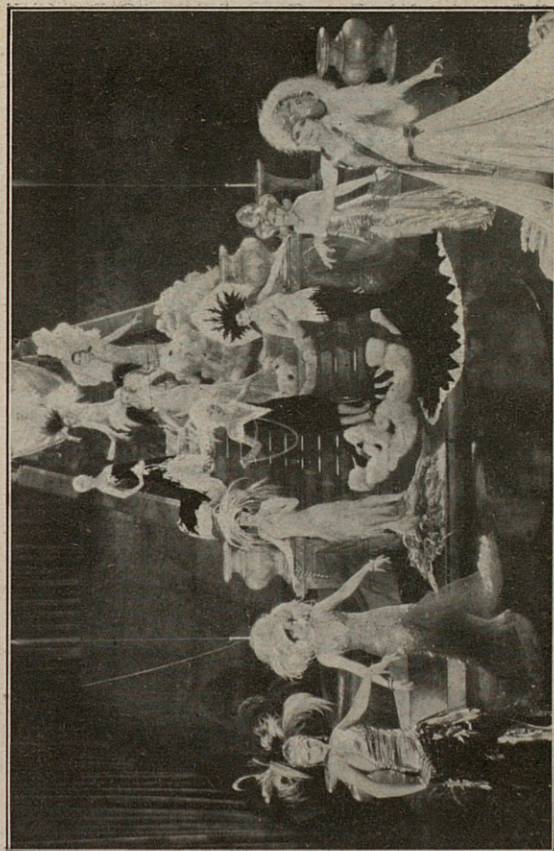
—Vamos a suponer que quiera decir eso—respondió Márgara imperturbable.

—Pues bien, no tendrás el papel principal—repuso Jorge iracundo.

—Perfectamente—sonrió Márgara—. Obraré en consecuencia.

Y ya se dirigía hacia la puertecilla del escenario, cuando “Wagner” hizo entrar a Jorge en razón.

—Tenemos que salvar a Mary a toda costa. Pri-



...comenzaron a descender muchachas vestidas con trajes vistosos y originales.



...una legión de caballeros que la rodearon con un gesto de adoración.



Un payaso se veía en el trance de elegir esposa...



...y cantaron aquel dúo de amor...

mero es su carrera. Llama a Márgara y concédele lo que pide.

Así lo hizo Jorge. Pero quedaba lo más difícil: dar a Mary la noticia. Había que callar el verdadero motivo, pues de lo contrario no adelantarían nada. Era seguro que Mary, con tal de trabajar en la revista, sería capaz de perder su carrera, dejándose delatar tranquilamente.

La llamó, la llevó a un rincón del escenario y pasó por el trance realmente angustioso de decirle que había determinado darle su papel a Márgara, porque creía que ella lo haría mejor.

Tan estupefacta quedó Mary, que no acertó ni siquiera a formular una pregunta, exigiendo la necesaria explicación.

—Tú trabajarás en tu cuadro, naturalmente, pero el papel de *vedette* general de la revista, lo tiene ya Márgara. Para mí es muy doloroso decirte esto, Mary, pero si queremos que la revista salga bien, hemos de prescindir de nuestros intereses personales.

Entretanto, Márgara había comenzado a ensayar un número de canto, acompañada al piano por “Wagner”; y su voz desafinada y estridente llegó hasta Mary, aumentando el desgarramiento de su corazón.

* * *

Era el día de la representación. El teatro estaba de bote en bote.

En su camerino, paseaba Jorge nerviosamente.

—Esa muchacha nos va a echar a perder la obra —dijo a “Wagner”, el cual estaba cabizbajo en un rincón.

—Naturalmente que nos la echa a perder. No tenemos salvación posible.

Entretanto, en otro camerino, se vestía Mary, para salir en su cuadro, que era el primero de la revista.

También se leía en su rostro una profunda tristeza, pues tenía esperanza de haber desempeñado brillantemente el papel de protagonista en el cuadro de Jorge, que era el más importante de la revista.

Sin embargo, se había propuesto salir lo más airoso posible en el suyo.

La voz del traspunte le anunció que acababa de levantarse el telón, y Mary salió de su camerino para instalarse junto a los bastidores.

* * *

Se había levantado el telón, en efecto. La escena representaba una gran escalera de mármol, que comenzaba en lo alto del foro y terminaba en medio del escenario.

Por ella, y al son de una música alegre y triunfal, comenzaron a descender primero una a una y después en grupos muchachas vestidas con trajes vistosos y originalísimos.

Cuando el escenario estuvo lleno, fueron retirándose poco a poco y siempre al compás de la música, hasta que la escena quedó desierta.

Entonces apareció Mary en lo alto de la escalera.

Bordando con los pies una delicadísima danza descendió gradualmente hasta la escena y allí continuó bailando con tal arte, con tal sentimiento, con tal maestría que en la sala comenzaron a producirse murmullos de aprobación.

¿Quién iba a sospechar que la traviesa Mary poseyera aquella elasticidad en las piernas y aquella seguridad en los movimientos y en el ritmo que le permitían andar dando la sensación de que ni siquiera rozaba el suelo o elevarse toda ella en el aire como una paloma a impulsos de un tremendo y gracioso salto?

Terminado el baile quedó desplomada en el suelo como un copo de nieve y entonces aparecieron por un lado y otro del escenario una legión de caballeros que la rodearon con un gesto de adoración.

Entre todos los galanes levantaron una plataforma circular, sobre la que Mary se había colocado, e imprimiéndole un movimiento giratorio, aumentaron el mérito de la danza que Mary ejecutó sobre ella.

De nuevo, y mientras Mary bailaba cada vez más admirablemente, volvieron a descender por la escalera las muchachas vestidas con exóticos trajes.

Y cuando el escenario volvió a estar lleno del deslumbramiento de la luz de los fastuosos vestidos, Mary dió de nuevo fin a su danza dejándose

caer con un movimiento lleno de gracia y de desmayo sobre la plataforma giratoria.

Desde su cuarto oyeron Jorge y "Wagner" los aplausos del público y ello no hizo sino aumentar la desesperación de ambos.

—¿Oyes? Esos aplausos son para Mary. ¿De dónde va a producir Márgara ese entusiasmo?

—A los únicos que entusiasmará Márgara será a los gendarmes, los cuales se apresurarán a detenerla con sobrada razón.

VI

El cuadro siguiente fué breve, pero agradó mucho a los espectadores por su picardía.

Un payaso se veía en el trance de elegir esposa entre quince o veinte preciosidades y éstas hacían todo lo posible por realzar ante él sus cualidades físicas.

Finalmente el payaso requería una cinta métrica, las iba midiendo una a una y se quedaba con la que más centímetros arrojaba en sus curvas.

Por fin, y después de otros cuadros de baile y música, el telón se levantó para mostrar al público el interior de un castillo antiguo.

Era el cuadro de Jorge, el cuadro en el que "Wagner" había puesto tantas esperanzas.

Jorge aparentaba ser el dueño del castillo y aparecía cenando con algunos camaradas, lo que le permitió lucir su hermosa voz en un brindis.

Era la suya una voz espléndida de bajo, potente y bien timbrada. Tal sentimiento supo poner en aquella canción, que en seguida se dijo el público que aquél iba a ser el cuadro premiado.

Pero no sabían que allí estaba Márgara, la cual no tardaría mucho en salir, para echarlo todo a perder con su voz de grillo.

* * *

En esto estaba pensando "Wagner" entre bastidores, cuando oyó pasos a sus espaldas, se volvió y vió el rostro triste de Mary.

—Adiós, "Wagner"; me voy a dormir. No puedo ver esto.

"Wagner" le dirigió una furiosa mirada. Ya no había peligro de decir la verdad.

—¡La culpa la tienes tú!—exclamó.

—¿Yo?

—¡Sí, tú; tú, que tuviste aquella noche la infausta ocurrencia de venir a nuestro pabellón para imitar a doña Braulia!

—¿Qué tiene que ver lo de aquella noche con esto?

—Naturalmente que tiene que ver. Si no nos hubiera amenazado Márgara con delatarte a la directora para que te expulsaran del colegio, ¿crees tú que le hubiéramos dado tu papel?

—¿Pero qué dices, "Wagner"? ¿Es cierto que sólo por eso le disteis a Márgara mi papel? ¿Es

verdad que os sigo pareciendo mejor que ella?

—Claro que sí.

—¡Oh, "Wagner"! ¡Qué feliz me haces!

Y dándole un beso en la mejilla echó a correr hacia la escalerilla que conducía a los cuartos de las muchachas.

En seguida adivinó "Wagner" lo que iba a hacer, y la siguió, lleno de gozo.

La vió entrar en el cuarto que Márgara se estaba vistiendo, ayudada por la directora, y la oyó exclamar:

—¡Yo fuí, doña Braulia, la que aquella noche se disfrazó para hacer una imitación de usted en el pabellón de los muchachos! ¡Yo fuí la culpable de que la maltrataran! ¡Yo fuí la culpable de todo! Haga usted de mí lo que quiera, pero representaré el papel que me corresponde en la revista.

Y abalanzándose sobre Márgara la obligó a quitarse el traje que ya había terminado de ponerse y que, por cierto, le venía grande, porque se lo habían hecho a Mary a la medida, y se lo puso ella en un abrir y cerrar de ojos.

Doña Braulia había salido del cuarto de estampía, aterrada por la voz acusadora y los ojos llameantes de Mary, con evidente propósito de ir a dar en el acto la noticia de su culpabilidad a los profesores, pero "Wagner", que para eso estaba de centinela en la puerta, la detuvo, la levantó en vilo y la encerró en uno de los cuartos que nadie ocupaba, dando dos vueltas a la llave.

Estaba visto que su especialidad era la de carcelero.

* * *

Después de la escena del brindis, se veía el patio del castillo. Un aluvión de Amazonas y caballeros que regresaban de una montería irrumpió en él, componiendo un ballet de insospechada originalidad.

Entre los aplausos estruendosos del público, y en tanto las Amazonas y los caballeros saludaban, Jorge se dirigió a la puerta donde había de detenerse el coche del que descendería Márgara para echarlo todo a rodar.

Y llegó el coche. Jorge, ateniéndose a su papel, avanzó unos pasos para abrir la portezuela, y ¡cuál no sería su asombro al ver que del vehículo no descendía Márgara, sino Mary!

—¡Mary!—exclamó.

Pero Mary le hizo comprender con un gesto que había cometido una imprudencia, pues su nombre en la obra no era Mary, sino otro muy distinto y sólo entonces se repuso Jorge de la gratísima impresión, y la condujo, lleno de entusiasmo, a la sala del castillo, donde cantaron aquel dúo de amor, en el que los dos, y "Wagner" con ellos, habían puesto todas sus esperanzas.

Fué un éxito indescriptible. Nadie hubiera podido cantar como ellos aquel dúo, porque no necesitaban esforzarse para decirse que se amaban.

* * *

La emoción de los cantantes se había comunicado al público y al jurado, y cuando cayó el telón y todos los compañeros rodeaban a la feliz pareja, felicitándola, se presentó el director, para notificarle que el premio de mil dólares había correspondido a su cuadro y que todos estaban perdonados por su atentado contra doña Braulia, todos, incluso Mary, que había sido la causante del desacato, según noticias que el director acababa de recibir de labios de Márgara.

Todo había terminado felizmente, pero a Mary y Jorge les quedaba todavía algo por ultimar.

Por eso, cuando salían del teatro, rodeados de todos sus compañeros, se quedaron atrás y fueron cuchicheando todo el camino.

Lo que se dijeron fué sencillamente que ratificaban las palabras de amor cambiadas en el dúo de la victoria.

F I N

Gran éxito

**La
Novela
EVA**

(Publicación semanal
de novelas modernas)

**Deliciosos asuntos,
por prestigiosos
autores.**

Precio: **30 cts.**

Precio: **0'50 Ptas.**